

LABORATORIO  
DE IDEAS

ESTADOS UNIDOS

MATILDE MAS

**Tecnología y libre mercado  
amenazan a la democracia**

MARAVILLAS DEL GADO

Las fuerzas están impulsando el declive de la democracia en Estados Unidos, el país que, hasta hace poco, se erigió en su baluarte: la tecnología y la economía de libre mercado, iniciada esta última por Ronald Reagan en 1981 y conocida como el Consenso de Washington. Su combinación ha concentrado una enorme riqueza y poder político en manos de muy pocos. La foto de la toma de posesión del presidente electo acompañado de millonarios no electos ilustra bien este fenómeno. La innovación y las tecnologías de la información y la comunicación (TIC) potencian simultáneamente el crecimiento y el poder de mercado. La combinación de ambas fuerzas es responsable de que el poder inicial termine convirtiéndose en permanente por razones varias como, por ejemplo, la existencia de economías de escala y "efectos de red" no accesibles a los nuevos entrantes; adquisición de empresas competidoras, o acceso a bases de datos no disponibles públicamente, entre otras.

Jan Eeckhout, junto a otros economistas, identificó en Estados Unidos un importante cambio en la distribución de la renta desde 1980. Mientras la mayoría de las empresas no mostraban crecimientos en su poder de mercado, el de las grandes aumentaba espectacularmente. Además, observaron que la actividad económica tendía a concentrarse en las empresas con mayor poder, conocidas como las *superstars*. En contra de lo que suele argumentarse, la competencia tecnológica no elimina el poder de mercado ya que, en la actualidad, lo más frecuente es que las empresas cooperen en proyectos conjuntos, o deleguen la I+D a empresas pequeñas que adquirirán si triunfan. Y ello porque, mientras la colusión de precios es ilegal, la cooperación tecnológica no lo es.

La innovación es fuente de beneficios monopolísticos que favorecen inicialmente a los primeros inversores que compran a precios bajos. Si tienen éxito, esas *start-ups* pasarán a cotizar en Bolsa disparando su valor, lo que termina concentrando la riqueza. El efecto directo es el aumento de la desigualdad económica, que a su vez se traduce en el aumento de la desigualdad política que socava la democracia. Y ello porque el aumento de la riqueza privada eleva el poder privado, que es la capacidad de imponer a los demás las preferencias propias cuando,

**Los trabajadores que acudieron  
en masa a las soflamas de  
Trump contra las élites seguirán  
siendo los perdedores**

de acuerdo con las reglas democráticas, debería limitarse al derecho al voto.

En su formulación más estricta, la economía de libre mercado rechaza cualquier programa público que actúe como red de seguridad. Comparemos dos experiencias. La introducción, en 1913, de la cadena de montaje del Ford T destruyó algunos trabajos cualificados, pero —a diferencia de lo que ocurre hoy— creó muchos empleos con salarios relativamente elevados para trabajadores sin estudios superiores. En 1914, Ford dobló los salarios confiándolo todo al crecimiento de la productividad y a la disminución de la rotación laboral. Ellos fueron los principales beneficiarios de las tecnologías del siglo XX.

Por el contrario, la revolución digital y la globalización han desplazado a estos trabajadores que tienen que salir del mercado laboral; aceptar trabajos peor remunerados, o pasar a engrosar el grupo denominado por Anne Case y el Nobel Angus Deaton "muertos por desesperación" (suicidio, fentanilo...). Mientras, las élites educadas han ignorado el problema insistiendo en que el funcionamiento del mercado lo arreglaría todo. El resultado es conocido: la elección de Trump y la democracia seriamente amenazada.

Para M. Kurz (2023) restaurar la democracia requiere alcanzar dos objetivos: suprimir el poder privado y eliminar la desigualdad extrema que ha convertido a Estados Unidos en una oligarquía; y, en segundo lugar, asegurar que los beneficios de la innovación y el crecimiento se distribuyen sin dejar a nadie atrás. Ambos objetivos son alcanzables si se implementan reformas. Dadas las diferencias en las visiones del mundo y las preferencias políticas de las fuerzas que auparon a Trump, el enfrentamiento es casi inevitable. Independientemente del resultado, la tragedia es que los votantes de clase trabajadora con menor nivel educativo que acudieron en masa a sus soflamas antelitistas seguirán siendo los perdedores.

Matilde Mas. Universitat de València e Ivie.

DIVISAS / ALEJANDRO NEUT

**¿Y si el mundo se queda sin dinero?**

Una moneda de reserva global no es sólo un símbolo de poder: es el eje funcional del sistema financiero internacional. Este tipo de moneda se utiliza para fijar precios, liquidar transacciones, emitir deuda y, sobre todo, proveer liquidez. ¿Qué ocurriría de no existir?

Tras casi un siglo de dominio, el liderazgo del dólar comienza a ser cuestionado, y en Europa surge la aspiración de ocupar su lugar. Un anhelo comprensible: el estatus de moneda de reserva ha otorgado a Estados Unidos "privilegios exorbitantes", permitiéndole endeudarse a bajo coste y sostener déficits sin castigo inmediato.

El consenso del mercado aún ve poco probable que el billete verde sea destruido como eje de la arquitectura financiera global. En gran medida, por un poderoso efecto de red: una vez que todos lo usan, abandonarlo resulta extremadamente costoso. No obstante, su hegemonía dista de estar asegurada: ya el florín holandés en el siglo XVIII y la libra esterlina en el siglo XX perdieron dicho liderazgo. Más recientemente, tras el colapso de Bretton Woods a comienzos de los años setenta del pasado siglo, la confianza en el dólar sólo se recuperó una década después, cuando Paul Volcker logró contener la inflación y restaurar la credibilidad institucional de la Reserva Federal. Y

es aquí donde empiezan las especulaciones de los inversores. Actualmente, Estados Unidos lidia con una deuda fiscal en aumento, mientras la independencia de la Reserva Federal se ve amenazada por los constantes embates de la Administración de Trump.

¿Y el euro? En teoría, es el heredero natural —el yuan queda fuera mientras China mantenga controles de capital, centrales en su actual modelo de desarrollo—. El Banco Central Europeo (BCE) tiene prestigio, la zona euro es grande y la moneda común no arrastra el caos político de Washington. Sin embargo, una moneda de reserva necesita más que una buena política monetaria interna: hace

falta un mercado de capitales profundo, sostenido necesariamente por activos físicos seguros, y el espacio político para ser el proveedor último de liquidez global cuando surja la necesidad. Y varios países en Europa —digámoslo sin rodeos— no se deciden si ir más allá de un exitoso bloque comercial y dar el paso de convertirse en un unificado centro financiero.

Lo que nos deja ante un riesgo importante: no quién liderará —el dólar o el euro—, sino que, si se erosiona la confianza en el dólar, no haya nadie con la credibilidad e institucionalidad necesarias para ocupar su lugar. El economista Charles Kindleberger lo vio claro: si nadie lidera, todo se desordena. La Gran Depresión, en parte, fue eso. El caos de los setenta, también.

Hasta ahora hemos tenido suerte. Pero esta no es una estrategia. Tarde o temprano el mundo necesitará un proveedor último de liquidez global. ¿Qué pasará si el silencio es la única respuesta?

Alejandro Neut, de BBVA Research.